

LA ANOMALIA DEL ENSUEÑO

LOS NIÑOS EN MARTA BRUNET Y ANA MARIA MATUTE

Ponencia leída en Madrid en el XIV Congreso de Literatura Iberoamericana

Marjorie Agosín
Wellesley College

A primera vista, tal vez, las únicas similitudes entre Ana María Matute y Marta Brunet aludirían al hecho de que son escritoras y para los más enterados en la materia, que tanto Brunet como Matute comparten ancestros de origen catalán. Sin embargo, varias lecturas de los escritos de ambas, indican un aspecto en común que es la temática de los niños, expresada reiterativamente en la obra de estas mujeres separadas por grandes océanos y montañas. Una (Brunet) en las apartadas regiones del sur de Chile y otra entre Barcelona y Madrid, recrean en sus textos las vicisitudes de niños extraños, anómalos. Niños que aparecen en *Los niños tontos*, *Historia de la Artamila*, *Fiesta al noroeste* en Matute¹ y en Brunet en una colección titulada *Solita sola*, *Reloj de sol* y *Raíz de sueño*².

Este estudio tendrá por objetivo señalar las características que unen a estas dos escritoras en su concepción artística del espacio de los niños. Primeramente, observamos tanto en Matute como en Brunet una simplicidad en la narración, una escritura clara donde las cosas, los incidentes, se cuentan tal como son vistas desde la perspectiva de un niño. Es decir, hay un adentramiento en la percepción infantil de las que cuentan estos cuentos, no necesariamente para los más pequeños. Es decir, aquí aparecen niños, pero no podríamos clasificar estas narraciones bajo el estricto canon de literatura infantil sino que más bien fluctúan entre cuentos para niños-adultos y adultos-niños.

Dentro de esta escritura sugestivamente poética se percibe al tiempo como detenido. Las alusiones a las experiencias cronológicas son prácticamente inexistentes. Hay un sentido del pasar del tiempo descrito estrictamente desde la percepción de un niño:

Todos los muchachos habían crecido y él seguía sin sobrepasar la empalizada del campo amarillo. (*Tres y un sueño*, p. 41).

Los días son mañana sin tarde ni noche. (*Los niños tontos*, p. 20).

La ausencia de un espacio temporal es una eficaz técnica para ubicarse dentro de la psicología de los niños. Tanto para Brunet como para Matute, el tiempo es un momento suspendido ya sea a través de la memoria o el juego y que sólo se altera en el momento en que el niño cruza el umbral hacia la edad adulta. En el cuento “Francina” (*Raíz de sueño*) de Marta Brunet, ésta describe esa permanente condición ya esbozada en Matute, que indica un tiempo detenido en comparación al avanzar cronológico. Se dice de Francina lo siguiente:

Francina tenía un alma de niña en un cuerpo de mujer.
Seguía siendo una desarraigada de la vida, una
ensoñadora aferrada a lo maravilloso ahincadamente.
(p. 24)

Sin embargo, el universo plasmado de figuras y encuentros maravillosos se trastorna en el instante en que Francina con “ansia angustiosa se asoma al espejo a mirarse. Francina niña había encontrado a Francina mujer” (p. 25). Termina así el cuento con este rito de pasaje esbozado por la metáfora del espejo que ayuda a mirarse en el movimiento introspectivo desde dentro hacia afuera.

Para ambas autoras la conciencia del cambio cronológico se percibe cuando estos personajes-niños arraigados en sus propias construcciones imaginativas, pierden sus cualidades infantiles y entran en la esfera del espacio adulto.

Es revelador que los niños de la obra de Matute como los de Brunet pertenecen a la categoría de niños anómalos, niños raros como el niño que no sabe jugar, en la colección *Los niños tontos*. Ciertas interpretaciones en torno al porqué de estos niños feos, extremadamente gordos o delgados o esa niña que sólo es capaz de soñar constantemente en el cuento “Raíz de sueño” de Brunet, indicarían que sólo el niño extraño es capaz de percibir, de sentir, de dejarse habitar por un mundo donde perciben un espacio diferente al de los demás niños y al de los adultos.

Generalmente, estos niños entran en contacto con la realidad y por extensión con un mundo incomprendible para ellos. Es significativo que en ambas autoras, la temática de la muerte del niño abunda. *Historias de la Artamila* incluye varios cuentos de esta índole.

Los niños tontos y *Raíz de sueño* son importantes colecciones que permiten ver una homogeneidad dentro de estos niños “diferentes” y utilizamos esa cualidad de niños especiales porque sólo a través de sus diferencias, el lector percibe el “leit motiv” de la enajenación en relación a los demás personajes. Es precisamente esa cualidad que distingue y que separa a los niños de Matute y de Brunet, permitiendo establecer la diferencia entre los demás personajes que habitan el cruel mundo de los adultos: un espacio plagado por la incomprensión y la carencia de ensoñación. Matute indica que: “Muchas veces me he dicho que el niño siempre está solo, que es quizás el ser más solo de la creación”.³ Y esa

soledad, se debe precisamente al hecho de que los adultos no pueden penetrar al mundo quimérico creado por los niños, entonces ellos forman entre sí una ideología aparte, una existencia que gravita en el ensueño, la magia y la fantasía.

Marta Brunet esboza claramente su ideología en la creación de sus cuentos con la temática del niño:

.... así, una de las primeras condiciones que debe cumplir el relato que quiere captar la atención del niño, es el de la lógica mágica dentro de la cual un lobo puede hablar e incluso ser confundido con la abuelita, pero los ojos serán más grandes para ver mejor”.⁴

Ambas autoras establecen que lo esencial para adentrarse dentro de la psicología del niño es aceptar lo maravilloso y lo imaginario como parte de las cosas.⁵ No obstante, el trasfondo de la realidad es una presencia constante. Por ejemplo en “El niño al que se le murió el amigo”, de la colección *Los niños tontos*, aparece el encuentro del niño con la muerte. En este caso la madre, le dice: “El amigo se murió. Niño, no pienses más en él y busca otros para jugar” (*Los niños tontos*, p. 47). Pero para el niño, no es tan fácil ese reemplazar un amigo por otro y busca desesperado el rastro de su amigo, pero se encuentra con una ausencia de voces y de todas las escenas compartidas. Una alusión metafórica al motivo de la búsqueda indica que este ser se sumerge en un espacio mágico, fantasmagórico:

Y fue una larga noche casi blanca, que le llenó de polvo el traje y los zapatos. Cuando llegó el sol, el niño que tenía sueño y sed, estiró los brazos y pensó: “Qué tontos y pequeños son esos juguetes”. (*Los niños tontos*, p. 49)

En el citado párrafo, el pequeño regresa a la realidad, motivado por el encuentro con la muerte, y esos momentos ensoñados con el amigo muerto desaparecen. Esa realidad sin respuesta y sin alternativa convierten al pequeño, como a la Francina de Marta Brunet, en adultos:

.... la madre exclama: “Cuánto ha crecido este niño, Dios mío, cuánto ha crecido”. Y le compró un traje de hombre, porque el que llevaba le venía muy corto. (*Raíz de sueño*, p. 49)

Al otro lado del mar, en Chile, Marta Brunet también escribe un cuento sobre el encuentro de Juancho con la muerte. El niño que contempla a la madre muerta en un ataúd y la cree dormida. He aquí un interesante plano narrativo simultáneo. El niño desconoce lo que para el adulto es obvio: la muerte de la madre. En cambio, es nítido el retrato del personaje adulto, el padre de Juancho:

Con la cara sumida entre las manos, de rodillas junto al ataúd, trataba el hombre de coordinar sus ideas, huían

éstas como engañosos fuegos fatuos dejándole sólo el dolor que lo desgarraba. (*Reloj de sol*, p. 19)

El niño confuso en sus alrededores, intenta destapar el ataúd para ir a despertar a su madre y delirante y exasperado cae también como su madre en un estado, que en el relato aparece como inconciencia, pero que también alude a una muerte próxima:

Tras muchos días de ansiedad para el padre y la abuela pudieron ver que si volvía a la vida el niño, era dejando toda la lucidez de su espíritu entre las garras pavorosas de la fiebre. (*Reloj de sol*, p. 22)

Esa lucidez de espíritu es la esfera del orden quimérico, el dejarla, significaría adentrarse a una realidad sin explicación y tenebrosa que es el cesar de la existencia. Perder la lucidez infantil equivaldría a perder el sentido mágico de las cosas e incorporarse a la realidad.

Desde el punto de vista de Juancho, como el niño al que se le murió el amigo, hay una negación hacia la aceptación de valores de la realidad y ambos intentan rechazarla. Por lo tanto, el tema de la evasión por medio del estado soñoliento, en el cual ambos niños subsisten, es otra de las características comunes a ambas autoras. Pero, nuevamente, ese escape se motiva en el hecho de que el mundo de los adultos y de los niños normales entra en directa confrontación. La invención es la alternativa, es ese lugar sin límites donde el niño puede encontrarse y sentirse a gusto. "La niña fea" de *Los niños tontos*, es un claro ejemplo de éste fenómeno de alienación y del deseo de evasión. En él se dice que:

Es una niña con la cara oscura y los ojos como endrinas. Las niñas de la escuela le decían: "Niña fea, niña fea" y no le deban la mano ni se querían poner a su lado ni en la rueda ni en la comba. (*Los niños tontos*, p. 9)

La retórica del rechazo se perfila en las constantes repeticiones: "Niña fea, niña fea". El escape ocurre en un regreso ancestral hacia la tierra, hacia las raíces telúricas de los bosques donde nadie le decía: "Vete". Porque la tierra le habla y le dice: "Tú tienes mi color" (*Los niños tontos*, p. 9). Es decir, la oscuridad rechazada por los demás se convierte en vínculo de unión con la tierra que se asemeja a la niña o viceversa. La retórica del rechazo es reemplazada por la retórica de la comunión y aquí la tierra habla: "¡Que bonita es!" (*Los niños tontos*, p. 9). Al final del breve relato, la niña se aleja del mundo de los que la atacan para incorporarse a la vivencia de la libertad, de la no restricción, para vivir en la libertad de los bosques y de la tierra, sólo encontrada a través de la muerte.

Un caso semejante ocurre en el cuento de Brunet, "La niña que quiso ser estampa"; ésta es una niña extraña, siempre enajenada de la realidad que la rodea. Su familia la describe como: "Muy delgada y siempre silenciosa y sin

moverse" (*Raíz de sueño*, p. 161). La niña se pasa la mayor parte del día leyendo novelas románticas hasta que alguien le señala su parecido con una estampa. Es entonces cuando asume no sólo la pose de la estampa sino que la incluye en su realidad el día de su muerte:

Fue entonces cuando aparecieron dos ángeles con dos grandes tijeras, recortaron de la vida la estampa de María Casilda y se la llevaron para fijarla en las galerías celestiales por toda la eternidad. (*Raíz de sueño*, p. 167)

Numerosas son las similitudes de estas escritoras nacidas en épocas tan diversas, Brunet en 1897 y Matute en 1926. Los paralelismos abundan no sólo en estos cuentos ligeramente esbozados sino también en una marcada identificación con las cosas aparentemente carentes de humanidad. Así por ejemplo, los animales aparecen en *Los niños, tontos* de Matute y en *Solita sola* y *Raíz de sueño* de Brunet. Los animales están íntimamente vinculados con esa realidad mágica de los niños porque ellos también se alejan del cosmos repleto de restricciones de los adultos. Tanto los animales como los niños pertenecen a aquellos personajes que no encajan en el orden racional y lógico de la civilización adulta.

El choque entre la realidad objetiva de la razón, frente a la quimérica del ensueño es el péndulo esencial de los cuentos de Brunet y Matute. El niño sólo es feliz cuando se le permite soñar, cuando al adentrarse en el momento de plenitud, la imaginación y el tiempo detenido pueden gobernarse a sí mismos utilizando los recursos de su dimensión creativa.

Por lo general, en ambas escritoras, el enfrentamiento entre la fantasía y la realidad se traduce semánticamente y metafóricamente en la muerte del niño, ya sea al adentrarse a la edad del adulto o al simple hecho de dejar de existir. Por eso la niña fea se sumerge en la tierra y deja de existir.

La muerte en sí se presenta como una alternativa ante el horror de enfrentarse a un mundo establecido por el orden jerárquico de los adultos. El mudo de la colección *Raíz de sueño* de Brunet es incomprendido por todos los que lo rodean en su mudez, ésta es una forma de expresar esa alienación que finalmente desaparece con una muerte repentina.

La posibilidad de estudiar en forma comparada escritoras de diversas épocas y países resulta una tarea iluminadora; descubrir sus similitudes permite cierta especulación en torno a sus concepciones artísticas y en torno a la posibilidad de recrear una historia literaria en conjunto. El interés por la literatura infantil entre escritoras hispanas no es nuevo. Bastaría mencionar a Yolanda Oreamuno (Costa Rica), Gabriela Mistral (Chile), Gloria Fuentes (España) y Rosario Ferré (Puerto Rico). Resulta interesante indagar porqué una Brunet o una Matute eligen a los niños como vehículos para expresar una realidad o transmitir una creencia. Gracias al advenimiento del movimiento feminista, se ha hecho muy necesaria la evaluación de la literatura escrita para

niños o para adultos, ya que a través de ella, observamos cómo se transmiten actitudes sexistas. Judith Stinton en su libro, *Racism and Sexism in Children's Books* induce a una nueva reevaluación de la literatura infantil bajo el prisma feminista:

We are now living in a multi-racial society, and one where women are determined to achieve real equality. Our literature, and especially our children's literature, should reflect these preoccupations.⁶

Recordamos que tanto los niños como las mujeres a través de las historias, pertenecen a esa estereotipada categoría de las pasivas, de las siempre ajenas al orden estructurado, se les asocia con una niñez permanente y a un estado que fluctúa entre la vigilia y el sueño. Pero recordamos que esa estereotipación tan frecuente resulta en una banal aseveración. Y, precisamente la labor del investigador es explorar el porqué de esa pasividad, el porqué de esa ensoñación. Tanto Brunet como Matute, eligen el universo de los niños como un acto de subversión y rebeldía. Los niños, como a veces las mujeres, no desean pertenecer, no desean sucumbir a un espacio donde no se permite soñar. La creación de personajes-niños es una perfecta alternativa que indica, por medio de los escritos de ambas, una uniformidad en la convicción de que la creación de personajes-niños implica una insatisfacción con los valores contemporáneos y señalados: la hostilidad, la falta de ilusiones y de imaginación. Por eso Matute nos dice que la imaginación es el componente esencial en la vida, tanto de los niños como de los adultos:

No quiero referirme aquí a esos inevitables embustes de que todos vivimos, sino a esa grande y hermosa mentira que es tal vez la única forma de vida posible. ¿Quién desea realmente la verdad? Solamente los santos o los demonios. Los hombres, los muchachos, buscamos ese brillo o ese velo, que también puede llamarse esperanza. ("Mentiras", *A la mitad del camino*, p. 109-110)

NOTAS

¹Las obras de Matute en que predomina el elemento infantil son las citadas: *Tres y un sueño*, (Barcelona: Ediciones Destino, 1961); *Los niños tontos* (Madrid: Ediciones Girón, 1956); *Historia de la Artamila* (Barcelona: Ediciones Destino, 1961); *Fiesta al noroeste* (Barcelona: Ediciones Destino, 1963).

²Para Brunet, ver su colección de *Obras Completas* (Santiago: de Chile: Zig-Zag, 1962). Todas las citas referentes a estos textos aparecerán dentro del trabajo.

³Ana María Matute, *A la mitad del camino*, (Barcelona: Editorial Rocas, 1961) p. 133.

⁴"El mundo mágico del niño", *Atenea*, Santiago de Chile, núm. 130-132, abril-septiembre, 1958, p. 265.

⁵Ana María Matute, *A la mitad del camino*, p. 109-110.

⁶Judith Stinton, *Racism and Sexism in Children's Books* (London: Writers and Readers Publishing Cooperative, 1979) p. 1.